

—Ni vendrá tampoco con nosotros.
—Tampoco, mientras formamos parte del mismo ejército.

—Es sensible, porque es un general valiente.
—Y tiene mucho sentido en el Norte.
—En fin, nos pasaremos sin él. En cambio tenemos del jefe a como Guerra y Hernández que son tan se-

CAPITULO XIX.

EL CAUDILLO.

Desde ese momento las operaciones militares caminaron con una lentitud que positivamente causaba martirio al corazón. ¡Qué digo caminaban! permanecían en la quietud mas absoluta. El general Treviño estaba consagrado en Monterey á todas las expansiones del cuerpo y del espíritu, sin ocuparse en lo mas mínimo de aquel ejército que acababa de formarse y que tenía sobrado entusiasmo y sobrado deseo de marchar á la capital con la seguridad de que sus armas se abrirían paso de victoria en victoria, hasta el último muy glorioso que había de acabar con el despótico poder de D. Benito Juárez. Aquel general parecía del todo indiferente á las aspiraciones de la revolución y poco deseoso de renovar los combates.

Mientras él se encontraba en Monterey, ora entregado á una vida ociosa, ora recibiendo los alhagadores testimonios de la adulacion de los parientes que constantemente le rodeaban, Naranjo y Orellana permanecían estacionados en el Saltillo y nosotros en Matuhuala, sin recibir órdenes de ninguna especie.

Se nos decía para moderar nuestra impaciencia que los elementos que había producido la plaza del Saltillo eran insuficientes al fin que debíamos proponernos que era el de atacar la plaza de San Luis Potosí hasta entonces débilmente defendida por el enemigo.

Nosotros con la incorporacion del Dr. Ignacio Martínez y sus fuerzas, contábamos ya con cerca de unos tres mil hombres. Treviño podía destacar otros tantos y con la artillería que se había cojido á la plaza ocupada, era seguro que nos sobraba para operar con éxito sobre San Luis Potosí. Podía esta plaza ser protegida prontamente por las fuerzas que formaban la guarnicion en Guanajuato, pero el gobierno tenía desconfianza al general Antillon, suponiéndolo en connivencia con nosotros, no se fiaba mucho en el general Escobedo para conferirle todo el mando de la 3.^a Division y además llamaban la atencion del ministro de la guerra tanto la campaña que hacían Rocha y Alatorre en el Estado de Oaxaca para desbaratar las improvisadas huestes del general Diaz, como los avances que hacían Donato Guerra y García de la Cadena en los Estados de Durango y Zacatecas. Tolentino había sido derrotado en Yerbaniz, y

por todas partes, menos en Oaxaca, aparecía vencedora la revolucion.

Entonces determinamos enviar comisionados á Donato Guerra y á Porfirio Diaz: al primero invitándolo para que avanzara sobre Zacatecas en combinacion con nosotros para atacar en seguida la plaza de San Luis Potosí, y al segundo exponiéndole cómo nos encontrábamos, para que dictara alguna medida que viniera á sacarnos de aquella estraña situacion. Pronto quizás íbamos á tener que emprender operaciones serias cuyo éxito tenia que depender las mas veces de movimientos violentos y atrevidos, y Treviño no aparecía con los tamaños de un general en jefe revolucionario tal como en aquellos momentos se necesitaba. Había ya probado las dulzuras del poder y los encantos de una vida regalada, para que se volviera á hallar con la agitacion y privaciones de la campaña. Tal vez no seria así, pero los mismos suyos se quejaban con nosotros de la gran pereza, de la indiferencia tal vez con que Treviño estaba viendo las operaciones de que era responsable.

Para desempeñar esta última comision, la mas difícil, la mas delicada y tambien la de mas peligro, nombramos al jóven oficial que había sido mi inseparable compañero desde mi salida de México, á Manuel Palacios, el cual tenia que atravesar por el corazon de la República plagado de nuestros enemigos. Era portador de algunos pliegos, que reducidos á su última espresion ocupaban un pequeño lugar en alguna parte de la ropa, figurando una de tantas costuras.

Ya todos los que han sido revolucionarios saben cómo se ocultan los pliegos comprometedores y saben tambien en que sitios deben buscarse de preferencia cuando quieren interceptarlos.

En el momento en que Manuel Palacios se despidió de mi, me dijo:

—Licenciado, ¿qué encargo me hace vd. especialmente para el general Diaz?

—Cuenta vd. con penetrar hasta Oaxaca?

—Cuento con ir hasta donde lo encuentre, si está en este mundo.

—Con esa resolucion, lo hallará vd.

—Pienso realmente encontrármelo ya cerca de México.

—Muy bueno sería.

—Qué le digo de su parte?

—Si está victorioso que nos mande directamente sus órdenes; si está derrotado que autorice á alguno con el nombramiento de general en jefe del segundo cuerpo de Ejército. Aquí necesitamos una cabeza ó perecemos: hágale vd. comprender esto. Solo un mandato de él será obedecido por todos sin ninguna vacilacion.

—Cumpliré con ese y con los demas encargos.

Y partió.

Desgraciadamente la comision fué mucho mas difícil de cumplir que lo que nosotros creiamos, pues las tropas de la Noria habían sido desbaratadas y el caudillo de la revolucion andaba guerrilleando seguido de unos cuantos amigos que le habían sido fieles.

D. Benito Juárez y sus ministros calcularon y calcularon muy bien, que á donde debían dirigir todos sus esfuerzos era á destruir el nido de la revolución, y en efecto para Oaxaca despacharon todos sus ejércitos y sus principales generales. El general Díaz tendría al pronunciarse en la Noria unos dos mil hombres y apenas fué sentido su movimiento cuando ya lo rodeaban mas de diez mil y todos muy bien municionados. El plan fué calculado con tiempo y desarrollado perfectamente: el caudillo de la revolución fué sorprendido por un anillo de bayonetas que se le formó rápidamente; y no obstante ser un hombre de atrevidos recursos y de salidas brillantes, en esta vez se vió precisado á dejar en manos del enemigo todos sus elementos y hasta la vida de su querido hermano el gobernador de Oaxaca.

Cuando Manuel Palacios apareció en el Valle de México, el general Díaz no tenía asiento fijo, ni centro de operaciones, pues antes bien todas las fuerzas ligeras del enemigo le hacían una persecucion desesperada, no dejándole momento de descanso ni de día ni de noche. En su ir y venir, sin rumbo fijo y sin plan preconcebido, dió y recibió sorpresas, siendo estas últimas mas decisivas y mas desastrosas, como sucede siempre que la tropa que se manda está desmoralizada por una serie de derrotas.

En consecuencia, nosotros no llegamos á tener noticias en mucho tiempo ni del general en jefe de todas las armas de la revolución ni del comisionado que habíamos enviado para que nos nombrase aquel un caudillo.

Y difícil le hubiera sido al mismo general Díaz resolver este punto.

¿Nombraba al general Treviño? Pudiera ser muy bien que esto causara algun disgusto al pundonoroso general Donato Guerra que se habia manifestado el más adicto el más leal, y el más desinteresado de sus partidarios; pero de seguro que ni Quiroga ni Martínez hubieran recibido con aplauso semejante nombramiento. Además, las quejas principales se encaminaban contra la inercia de Treviño, que á no ser por los compromisos que habia contraído con el jefe de la revolución, podía hacerlo sospechoso de estar en connivencias con el enemigo. Parecía que queria mantenerse á la capa, sin arriesgar ningun otro combate, hasta ver el desenlace que tuvieran los sucesos de Oriente. En vez de avanzar con toda resolucion sobre S. Luis y en seguida sobre la misma capital de la República para llamar la atencion del gobierno que estaba toda fija en el general Díaz, Treviño se cruzó de brazos á ver que la revolución iniciada en Oaxaca concluyera. ¿Acaso era su mas vivo deseo que el general Díaz acabara en los primeros encuentros con su fuerza material y con su prestigio? ¿Acaso tenia esperanzas de sustituirlo como el único triunfador? ¿Era aquella inercia un plan bien combinado, ó fué obra de caracter ó de la casualidad? No seré yo quien afirme una ú otra cosa, supuesto que nunca llegó á hacerme ninguna confidencia y que ambos nos veíamos con recelo y como encogidos todas las veces en que nos encontramos despues del suceso de Charco Escon-

dido, pero en nuestro campamento se hacían esas y otras peores suposiciones hasta atribuirle los planes mas diabólicos y descabellados.

Nuestro enviado llevaba algunos de estos ecos recogidos al rededor de nuestras fogatas y era muy probable que pusiera al corriente de todo á nuestro principal caudillo.

No nombraba, pues, general en jefe de nuestras fuerzas á Treviño, pero ¿le daría tal nombramiento á Martínez? Hubiera sido indudablemente muy acertado, porque Martínez reunía en aquellos momentos todas las simpatías, considerándosele dueño de la victoria obtenida en el Saltillo y conociéndosele como inteligente, activo, audaz é infatigable en campaña; pero se sabia muy bien que ni Treviño ni Naranjo que habian sido sus jefes se pondrían á sus órdenes. Y los nombres de Treviño y Naranjo han tenido siempre mas resonancia de la debida en toda la República menos en los Estados del Norte.

De todos modos el general Diaz no tenía ninguna buena idea formada del general Pedro Martínez para nombrarlo general en jefe.

Allí estaba Donato Guerra que era realmente el único que lo merecia por haber dejado el servicio de Juarez para pronunciarle contra su gobierno y por haber hecho en seguida un largo viaje para ir á ponerse al frente de unos cuantos de sus amigos que le esperaban con ansiedad en las márgenes de la laguna de Tualila.

Este nombramiento ofrecia sin embargo una grave

dificultad: entre los pronunciados estaba el siempre intrépido y nunca sometido general Garcia de la Cadena, el cual habia ya levantado gran polvareda en el Estado de Zacatecas, haciendo que la capital fuera retrincherada y guarnecida con tres mil hombres al mando de uno de los mas valientes generales del ejército juarista, y público era que un hermano del general Garcia de la Cadena habia sido fusilado en la revuelta anterior por Donato Guerra en persona. Donato Guerra no era vengativo ni fuisilador, siempre se mostró generoso con el vencido; pero en esta vez fué terriblemente azusado por los enemigos irreconciliables de los Garcia de la Cadena y por primera vez fusiló á un prisionero. El general Garcia de la Cadena perdonó esto y fué á combatir al lado del general Guerra poniéndose á sus órdenes para dar un golpe seguro al enemigo. Pero Porfirio Diaz ignoraba esto y debia suponer que Garcia de la Cadena tenia el derecho de conservar un odio reconcentrado contra D. Donato, el cual no podia menos de estallar en una ocasion semejante.

Menos podia fijarse en nombrar al general Garcia de la Cadena que no era considerado como general del ejército sino como *chinacate*, que es como se nos llamaba anteriormente á los que sentábamos plaza de patriotas, de suerte que tal vez él mismo iba á verse obligado á venir á ponerse al frente de nuestros elementos. Esto era lo que nosotros deseábamos y esta era una de nuestras indicaciones mas acentuadas.

Acaso era un buen plan para burlar las disposicio-

nes que exclusivamente contra Oaxaca habia tomado el gobierno. ¡Lástima que ya fuera demasiado tarde y ¡lástima tambien que no hubiera ocurrido esta salvadora idea á nuestro caudillo! No era necesario que se hubiera abierto paso á mano armada, sino simplemente aventurarse á recorrer cien leguas de incógnito. Si él se hubiera presentado entre nosotros en aquellos dias en que podiamos haber reunido mas de diez mil hombres en unos cuantos meses, la revolucion de la Noria se hubiera salvado.

Pero las cosas pasaron de muy distinto modo y es como voy á tener la pena de seguirlas refiriendo al lector que quiera acompañarme todavia en mi ya cansada relacion.

Paciencia pues y vamos adelante.

CAPITULO XX.

TOMAR UN PARTIDO.

Segun dije anteriormente, el Dr. Ignacio Martinez que llevaba con todos nosotros una amistad estrecha, se habia pronunciado en Charcas con una docena de hombres, habiendo progresado su movimiento con tanta fortuna que cuando se incorporó con nosotros llevaba mas de quinientos hombres regularmente armados y municionados. Entónces pudo formarse una Division de mas de tres mil hombres la cual se dividió en una brigada de infantería y artillería mandada por Juan Guerra, otra de infantería mandada por Bibiano Hernández y la última de caballería por Ignacio Martinez. Los jefes de los cuerpos eran Francisco y Andres Martinez, Chasco, Sta. Cruz y otros que se habian distinguido como valientes en las anteriores campañas. Nuestro cuerpo de Ejército, si